

La creación del barrio en el lado este

Durante el primer cuarto del siglo xx, la mayoría de los habitantes blancos de Los Ángeles no había prestado atención sobre la diversidad étnica que existía. En 1926, en las audiencias del Congreso donde se abordaron las restricciones a la inmigración mexicana, Charles P. Bayer de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, rindió el siguiente testimonio: “En el sur de California no tenemos tal diversidad de nacionalidades, como ocurre en algunas de las grandes ciudades del este”.¹ No obstante, Bayer estimaba que la población mexicana de la ciudad era de noventa mil y admitía que la mayor parte del trabajo no calificado era realizado por este grupo. Por su parte, Garet Garret advertía en 1930 a los lectores del *Saturday Evening Post* que los residentes de Los Ángeles eran “casi en su totalidad estadounidenses de origen”, mayoritariamente del medio oeste.² La permanencia de la población hispanohablante también fue tema de los debates sobre las restricciones. Muchos estadounidenses suponían que los mexicanos eran trabajadores temporales que, cual “golondrinas”, volverían a su lugar de origen después de una corta estancia de trabajo en Estados Unidos. Se trataba de una visión equivocada, porque en Los Ángeles, hacia 1930, los mexicanos habían creado la ciudad mexicana más grande de Estados Unidos, una comunidad creciente y estable que rivalizaba en tamaño con las principales ciudades de la mayoría de los demás estados.

Durante el periodo de 1910 a 1930, la acelerada suburbanización y el crecimiento industrial empujaron a los residentes mexicanos de la comunidad de la vieja plaza hacia el este, donde el barrio registró

¹ U.S. Congress, House Committee on Immigration and Naturalization, *Hearings on Seasonal Agricultural Laborers from Mexico*, 69th Cong., 1ª ses. (1925-1926), 128.

² Garet Garrett, “Los Angeles in Fact and Dream”, *Saturday Evening Post*, no. 203, 18 de octubre de 1930, 142.

un crecimiento espectacular. Cuatro factores explican el desarrollo de esta concentración residencial de los mexicanos. Primero, el vertiginoso crecimiento migratorio de mexicanos, el cual generó la necesidad de nuevas viviendas, puesto que en los años comprendidos entre 1910 y 1920, la población mexicana de la ciudad creció de cinco mil a más de treinta mil; hacia 1930, esta cifra se había incrementado más de tres veces.³ Segundo, la introducción de la industria y el comercio en la vieja plaza mexicana desplazó de allí las zonas residenciales. Luego de la construcción de un puerto de gran calado y de la terminación del Canal de Panamá, aumentó significativamente la demanda de espacios industriales y comerciales en la zona central empresarial. En el norte y en el sur de la plaza, los depósitos de los ferrocarriles atrajeron bodegas, distribuidores al mayoreo e industria ligera. Un tercer factor fue el desarrollo de transporte interurbano, que contribuyó a la descentralización de las industrias y de las casas de las clases medias y altas. Long Beach casi triplicó su población: de 55 593 en 1920 pasó a 142 032 en 1930, y Hollywood aumentó a 150 000 residentes durante el mismo periodo.⁴ Finalmente, el incremento de la tensión racial y los esfuerzos por segregar a los residentes mexicanos impidieron el movimiento de estos migrantes hacia las secciones norte y oeste de la ciudad. En los años de la posguerra, estos factores afectaron drásticamente el cambio físico en Los Ángeles.

La nueva ola migratoria de mexicanos durante el primer cuarto del siglo xx forma parte de una migración general que transformó los pequeños pueblos del suroeste en centros urbanos industriales. Los mexicanos venían a Los Ángeles por tren directamente desde México a través de Nogales, Tijuana o Mexicali o indirectamente desde otros puntos del suroeste como El Paso, Douglas, Laredo y Del Río. Pocos llegaron en barco, desembarcando en San Diego o San Pedro, y unos cuantos viajaron en automóvil. El crecimiento industrial, generador de la expansión de los servicios ferroviarios hacia el

³ U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910, Abstract of the Census*, 211, 602; *Fourteenth Census of the United States Taken in the Year 1920*, vol. 2: *Population*, 123-125; *Fifteenth Census of the United States Taken in the Year 1930*, vol. 1: *Population*, 67.

⁴ William J. Dunkerley, *Know Los Angeles County* (Los Ángeles: County Board of Supervisors, 1930), 74-75.

este y del otro lado de las fronteras internacionales, fue un incentivo importante para atraer trabajadores mexicanos.

La composición de la población de Los Ángeles en el periodo de 1900 a 1920 indica que los mexicanos constituyeron uno de los pocos grupos relevantes de extranjeros en la ciudad. En 1900, solamente uno de cada cinco residentes (18 por ciento) provenía de un país extranjero, cifra considerablemente menor a la de otras grandes ciudades de Estados Unidos. No obstante, los mexicanos no debieron haberse sentido fuera de lugar en su calidad de migrantes, ya que dos terceras partes de la población procedía, en 1900, de otras regiones de Estados Unidos. Mientras que Nueva Inglaterra era el lugar de origen de la mayoría de los migrantes californianos (más que cualquier otra parte de la nación en 1880), hacia 1900, la mayoría de los recién llegados a Los Ángeles venía del corazón del medio oeste. Entre los que llegaron en 1900 prevalecían especialmente los granjeros del oeste de Missouri.⁵ Los mexicanos tenían poco en común con estos migrantes estadounidenses del este y del medio oeste durante 1910 y 1920; sin embargo, intercambiaron algunas experiencias con los diversos inmigrantes que llegaron a California del suroeste estadounidense.

Mientras miles de anglosajones recién llegados consideraron a Los Ángeles como un lugar celestial, la visión que tenían los emigrados de México era muy distinta. Carey McWilliams observó que “después de 1900, la ola de migrantes [anglosajones] que arribó al sur de California representó crecientemente a gente de escasos recursos que llegaba al oeste a retirarse, a disfrutar de cierta calma, más que a divertirse”.⁶ En contraste, 90 por ciento de quienes cruzaban la frontera desde México hacia Estados Unidos de 1910 a 1925 estaban por debajo de los 45 años y buscaban empleos y mejores situaciones económicas que las que podían encontrar en México.⁷

⁵ U.S. Census Office, *Report on Population of the United States at the Eleventh Census: 1890*, parte I, 580-583; U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 2: *Population*, 180, 185; *Fourteenth Census, 1920*, vol. 2: *Population*, 125; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 3: *Population*, 287; Oscar O. Winther, “The Rise of Metropolitan Los Angeles, 1870-1900”, *Huntington Library Quarterly*, no. 10 (agosto de 1947): 391-405.

⁶ Carey McWilliams, *Southern California: An Island on the Land* (Nueva York: Duell, Sloan, and Pearce), 165-182.

⁷ Leo Grebler, *Mexican Immigration to the United States: The Record and Its Implications*, Advance Report 2, Mexican American Study Project (Los Ángeles: Graduate School of Business

Durante los años de la posguerra, la reputación de Los Ángeles como ciudad constituida por anglosajones del medio oeste y del este fue bien aprovechada por la Cámara de Comercio de tal estado. En efecto, Los Ángeles atrajo a una gran cantidad de estos migrantes y había mucho de verdad en esa imagen. Edgar Lloyd Hampton escribió, en 1926, que de toda la gente que se mudó al oeste de las Montañas Rocallosas durante los años 1916-1926, un tercio se estableció a no más de ochenta kilómetros de Los Ángeles. No obstante, independientemente de su imagen de pueblo angloamericano, esta ciudad albergaba a varias comunidades étnicas: migrantes del norte y del oeste de Europa formaban el grupo de extranjeros más grande desde 1900 a 1930, aunque la población que provenía del sur y del este europeo se duplicó entre 1920 y 1930; los rusos y los italianos representaban cerca de 60 por ciento de los europeos que se asentaron en la ciudad;⁸ las otras comunidades étnicas, principalmente negros, judíos y mexicanos, se encontraban en las secciones del este y del sur de la ciudad.

La evolución de un distrito negro muy distintivo, como el del barrio mexicano, puede rastrearse a partir de las primeras dos décadas del siglo xx; y si bien los historiadores consignan el repunte inmobiliario de 1887-1888 como el inicio de la migración negra a la ciudad (en 1890, los negros representaban 2.5 por ciento de la población total, sumando apenas 1258), fue hasta las siguientes dos décadas cuando la población negra creció a 7 599, no más de 2.3 por ciento de la población total. Había, pues, pocos indicios de que los negros se concentrarían en cantidades significativas en algún área. Cuando los trabajadores mexicanos de la construcción se levantaron en huelga en 1903, el ferrocarril Southern Pacific importó al lugar dos mil negros. Esta situación no significó una tendencia y, hacia 1920, la población negra aumentó solamente a 15 579 residentes.⁹

Administration, UCLA, 1966), calculado a partir del cuadro 5, p. 45. Véase también T. Wilson Longmore y Homer L. Hitt, "A Demographic Analysis of First and Second Generation Mexican Population of the United States: 1930", *Southwestern Social Science Quarterly*, no. 24 (septiembre de 1943): 138-149.

⁸ Edgar Lloyd Hampton, "Los Angeles, a Miracle City", *Current History*, no. 24 (abril de 1926): 42.

⁹ Lawrence B. de Graaf, "The City of Black Angels: Emergence of the Los Angeles Ghetto, 1890-1930", *Pacific Historical Review* 39 (1970): 323-326; Charles Wollenberg, "Working on El

En los primeros años de Los Ángeles, los blancos, como los mexicanos, vivieron en unas cuantas comunidades aisladas. En la parte este, los negros ocuparon una sección adyacente a la comunidad mexicana de Boyle Heights. El área, si bien pequeña, contaba con dos mil residentes en la década de los veinte y consistía en una vecindad colindante al norte con Brooklyn Avenue y al este con el cementerio Evergreen, al sur con Michigan Avenue y al oeste con la calle Mott. Un académico de la época describió el área como “un territorio originalmente indeseable, una zona barata, localizada cerca del distrito empresarial del centro y rodeada, en su surgimiento, por patios de ladrillos, patios del ferrocarril y plantas manufactureras”.¹⁰

En la década de los veinte, Central Avenue se convirtió en el corazón de la comunidad negra. Alrededor de 40 por ciento de los negros de la ciudad vivían en el distrito de Central Avenue en 1920. Según el *California Eagle*, un periódico negro de Los Ángeles, los recién llegados se sintieron atraídos por esa avenida, gracias a las bajas rentas y a los hoteles baratos, donde podían residir hasta encontrar una vivienda más definitiva. Había, adicionalmente, tiendas, teatros, clubes y billares propiedad de negros, así como algunas iglesias negras. Durante la primera guerra mundial, los residentes blancos —muchos de los cuales eran inmigrantes judíos de una generación anterior—, iniciaron un éxodo de esa área que continuó hasta 1930, cuando la población negra llegó a los 38 894. Hacia mediados de la década de los veinte, la comunidad negra de Central Avenue se había convertido en un gran gueto. Una superficie de treinta cuadras de largo por quince cuadras de ancho al sur del centro de Los Ángeles se convirtió en la comunidad más grande del oeste.¹¹

Traque: The Pacific Electric Strike of 1903”, en Norris Hundley, ed., *The Chicano* (Santa Bárbara: Clio Books, 1975), 103; U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census, 1910*, vol. 1: *Population*, 854-855; *Fourteenth Census, 1920*, vol. 4: *Population*, 729-731; *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 248-250.

¹⁰ Max J. Bond, “The Negro in Los Angeles” (tesis doctoral, Los Ángeles, University of Southern California, 1936), 34.

¹¹ Lawrence Brooks de Graaf, “Negro Migration to Los Angeles, 1930-1950” (tesis doctoral, UCLA, 1962), 19; James McFarline Ervin, “The Participation of the Negro in the Community Life of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles University of Southern California, 1931), 13-14, 40.

Los negros que vivían en Los Ángeles durante la década de los veinte encontraron allí oportunidades económicas muy superiores a las que habían hallado en el sur. En algunas industrias, los nuevos emigrados encontraron poca resistencia a su participación y desarrollo, incluso podían aspirar a ocupar puestos de trabajo calificado. Esto tal vez debido a que los trabajadores mexicanos eran más numerosos y los patrones tenían actitudes negativas hacia ellos. Se prefería a los negros en lugar de los mexicanos en ciertas industrias. Como lo observó un representante de una compañía empacadora de carne: “No existe oposición al trabajo de los negros por parte de la compañía. Son mejores carniceros que los mexicanos y no tienen problemas con los diversos grupos raciales”.¹² No obstante, conforme creció su población, las oportunidades para los negros en trabajos calificados y medianamente calificados se redujeron. En muchas instancias, aun en los trabajos no calificados, se encontraron con que se les cerraban las puertas. Como lo explicó un vocero de la compañía Los Angeles Railway, las razones para no contratar a los trabajadores negros eran muy simples: “Utilizamos a pocos negros como ayudantes. Utilizamos principalmente a mexicanos porque trabajan mejor por menos”.¹³ Algunos académicos suponen que la intolerancia y los prejuicios profundamente arraigados de los contratistas blancos fueron los responsables de que el porcentaje de trabajos industriales para trabajadores negros fuera menor en Los Ángeles que en la mayor parte de las ciudades del norte durante la década de los veinte. Estos retrocesos en el mercado laboral del oeste pusieron en desventaja al trabajador negro en el mercado inmobiliario de Los Ángeles. Una familia negra enfrentaba discriminación para encontrar vivienda o sobrepagos por una casa fuera del gueto. Como resultado, sólo unos cuantos pudieron instalarse en áreas fuera del distrito de Central Avenue.

Durante la misma época, cuando los negros creaban un hogar urbano en la costa oeste —al cruzar el pueblo en la parte este—, los inmigrantes judíos iniciaban esfuerzos similares. Aun cuando los primeros judíos se habían instalado en Los Ángeles durante la fiebre del

¹² McFarline, “The Participation of the Negro...”, 40.

¹³ *Ibid.* Charles S. Johnson encontró actitudes similares entre los trabajadores blancos. Véase su ensayo “Negro Workers in Los Angeles Industries”, *Opportunity: A Journal of Negro Life* 6 (agosto de 1928): 234-240.

oro, dos historiadores de la comunidad judía postularon que, en 1900, “no había suficientes para formar un distrito definitivamente judío”.¹⁴ Entre 1900 y 1910, periodo de considerable inmigración judía, esta población se duplicó en Los Ángeles, pues pasó de 2 500 a 5 795. De hecho, la comunidad judía tuvo su origen en el este de Los Ángeles en los años de 1910 a 1920, y su crecimiento se debió a la expansión industrial en el corazón del centro de Los Ángeles, donde muchos judíos se habían asentado. En un breve lapso de seis años, entre 1917 y 1923, la comunidad judía aumentó sustancialmente: de diez mil a 43 000. No obstante que las leyes sobre cuotas de 1921 y de 1924 disminuyeron a más de la mitad el flujo de judíos a Estados Unidos, la comunidad de Los Ángeles siguió prosperando en los años veinte. Los judíos que salieron del centro de Los Ángeles en la década de los diez y a comienzos de la de los veinte, se reubicaron en tres comunidades principales: la sección de Brooklyn Avenue y Boyle Heights, la sección de la calle Temple y la sección de Central Avenue. Boyle Heights, que contaba con tres familias judías en 1908, aumentó a un estimado de 1 842 hogares judíos en 1920 y cerca de diez mil en 1930. Hacia 1920, los judíos consideraban Boyle Heights el corazón de su comunidad. Al menos un tercio de los 65 000 judíos que vivían en Los Ángeles a mediados de los veinte residían ahí. Atraídos a esta zona por la vivienda barata y la perspectiva del fácil acceso al centro por el tren interurbano, la mayor parte de los judíos de Boyle Heights trabajaba en los negocios del centro y en el distrito industrial. Las oportunidades de trabajo en estas áreas hicieron de la comunidad de Boyle Heights un foco de atracción para otros grupos de extranjeros. Además de constituir el sitio del asentamiento judío, Boyle Heights se convirtió en una comunidad de inmigrantes, donde italianos, rusos blancos, polacos y mexicanos vivían lado a lado.¹⁵

Un segundo enclave judío, que se desarrolló durante el mismo periodo, al norte de Brooklyn Avenue es la sección conocida como City

¹⁴ Max Vorspan y Lloyd Gartner, *History of the Jews and Los Angeles* (San Marino, Calif.: Huntington Library, 1970), 117.

¹⁵ U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census, 1920*, vol. 3: *Population*, 125; Carey McWilliams, *Brothers under the Skin* (Boston: Little, Brown, 1944), 280, 290; Harris Newmark, *Sixty Years in Southern California, 1853-1913*, ed. de Maurice H. Newmark y Marco R. Newmark (Nueva York: Knickerbocker Press, 1916), 396, 608, 618, 643, 644.

Terrace. Los judíos de Boyle Heights consideraban a estos grupos como más prósperos. Los nuevos residentes de City Terrace eran más “ortodoxos” en sus creencias religiosas y, con mayor frecuencia, propietarios de sus casas. Otras familias judías ricas se asentaron en áreas del oeste, especialmente en comunidades de Wilshire, West Adams y Hollywood. West Adams informó de 1 534 hogares judíos en 1926, un incremento de más de 100 por ciento en el lapso de una década. Wilshire creció todavía más rápido, pasando de 310 hogares judíos en 1914 a 2 410 en 1926.¹⁶

La comunidad rusa de Los Ángeles estaba integrada por dos grupos: los molokanes o peregrinos del pueblo ruso, quienes vivían cerca de Boyle Heights, y la colonia rusa de Hollywood. Los dos grupos eran muy distintos. Con un total de alrededor de mil quinientos durante la década de los veinte, la mayor parte de los emigrados de Hollywood representaban la elite cultural de la vieja aristocracia. A mediados de los veinte, según consigna George M. Day, se organizaron alrededor de la Iglesia Ortodoxa rusa y, se dice, acostumbraban mostrar solidaridad grupal. Day, quien estudió la colonia de Hollywood durante los veinte, mientras cursaba el doctorado en la Universidad del Sur de California, observó que encarnaban una “cultura remanente que moriría con la presente *kulturtraeger*”, por haber adoptado apasionadamente la “causa de supeditar la cultura del viejo régimen a la estadounidense”.¹⁷

La colonia rusa más grande y mejor conocida de Los Ángeles vivió en una zona llamada *flats* en Boyle Heights, un área localizada entre Los Angeles River al oeste y Boyle Avenue al este. Esta comunidad surgió en 1905, cuando algunos molokanes dejaron Rusia como consecuencia de la intempestiva guerra entre su país y Japón para evitar el enlistamiento forzoso y la persecución religiosa. Guiados por ideales de la libertad religiosa y la formación de una comunidad colonial, emigraron en grandes contingentes. Cerca de siete mil molokanes, casi mil familias, llegaron a Los Ángeles en menos de dos años. Recién llegados, se asentaron cerca del Instituto Bethlehem en la calle

¹⁶ Vorspan y Gartner, *History of the Jews...*, 118, 203; U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 3: *Population*, parte I, 267-269.

¹⁷ George M. Day, “Races and Cultural Oases”, *Sociology and Social Research* 18 (marzo-abril de 1934): 334.

Vigres.¹⁸ Más tarde, al crecer el asentamiento, se mudaron al sitio mencionado, que se encontraba a unos pasos del distrito de la Plaza Central y conformaba una comunidad congestionada pero agradable, cercana al centro; anteriormente este lugar había sido ocupado por una mayoría de inmigrantes asiáticos y después por mexicanos. Pauline Young, visitante de ese lugar en la década de los veinte, escribió:

La vida ahí se ha vuelto un extraño conglomerado de personas inmigrantes que viven lado a lado pero que hablan una verdadera Babel de lenguas. Los de afuera perciben sobre todo a los mexicanos, que son muy numerosos y notorios en cualquier parte. Los niños mexicanos pululan por las calles por falta de cuartos en sus casas. Las viejas mexicanas de piel oscura, con un chal sobre su cabeza y la mirada extraviada y lejana, vagan por las desordenadas calles o exploran el mercado.¹⁹

Siglos de persecución en Rusia habían cohesionado fuertemente al grupo de los molokanes y en Los Ángeles lucharon para mantenerse igualmente unidos. Entre la primera generación de inmigrantes, pocos se casaron fuera del propio grupo. Casi todos en la comunidad estaban ligados entre sí por vía consanguínea o marital. En los años iniciales de la fundación de la comunidad rusa, el grupo también participó en una limitada esfera ocupacional. Lillian Sokoloff encontró que “hasta la irrupción de la guerra, del total de los rusos en la ciudad, cerca de 75 por ciento de los hombres estaba empleado en trabajos en los parques, pero, entonces la mayoría ingresó a la industria de la construcción de barcos”. El conglomerado residencial del grupo quedó de manifiesto en la concentración de sus iglesias, negocios y clubes sociales y en el hecho de que alrededor de 40 por ciento del estudiantado de la Escuela Utah (una matrícula total de mil) eran rusos molokanes.²⁰

¹⁸ Pauline V. Young, “Russian Molokan Community in Los Angeles”, *American Journal of Sociology* 35 (1929): 395.

¹⁹ Pauline V. Young, *Pilgrims of Russian-Town* (Chicago: University of Chicago, 1932), 19.

²⁰ Lillian Sokoloff, “The Russians in Los Angeles”, *Sociology Monograph* 3, no. 2 (marzo de 1918): 10; véase también Young, “Russian Molokan Community...”, 393-402.

Los molokanes y los mexicanos no interactuaban socialmente, aunque estaban relacionados en cuestión de negocios. Los molokanes consideraban la propiedad de la casa como uno de los objetivos más importantes y muchas veces los mexicanos rentaban las viviendas de éstos o se convertían en sus huéspedes. Sokoloff observó lo siguiente: “casi todos los rusos, propietarios de su inmueble, no ocupan más que los cuartos absolutamente necesarios [...] Rentan a otros los cuartos restantes. En casi todos los casos, dos o tres familias ocupan una casa”. Cuando Sokoloff descubrió que, de un grupo de 50 familias, 26 eran propietarias, los molokanes llevaban en Los Ángeles menos de quince años. El valor de estas casas oscilaba entre ochocientos y cuatro mil dólares.²¹

Los molokanes se asentaron originalmente en los *flats*, debido a que encontraron vivienda y lotes baratos, una atmósfera que aceptaba a los extranjeros y daba fácil acceso a las diversas industrias y tiendas comerciales localizadas inmediatamente al este del centro. Hacia mediados de la década de los veinte, sin embargo, la vida en los barrios rusos había comenzado a cambiar. Lo más notorio era la expansión de los terrenos del ferrocarril junto a su comunidad y la construcción de docenas de bodegas y fábricas en los alrededores de la vecindad de Boyle Heights. Esto amenazaba con convertir la zona residencial en un distrito comercial. A partir de este crecimiento industrial, los molokanes se quejaron de la invasión de casas de diversión barata y cantinas en su barrio y comunidades adyacentes.²²

Después de la introducción de un moderno sistema de ferrocarril interurbano, la dispersión de las comunidades étnicas se incrementó. Mientras la mayoría de los inmigrantes europeos cambiaron sus residencias en el interior de la ciudad por casas habitación en los suburbios, nuevos grupos de inmigrantes, en muchos casos mexicanos, ocuparon los viejos lugares en comunidades como Boyle Heights, Lincoln Heights y la comunidad adyacente a Hollenbeck Park.²³ El desarrollo del sistema ferroviario interurbano contribuyó seriamente

²¹ Sokoloff, “The Russians in Los Angeles”, 6.

²² Day, “Races and Cultural Oases”, 333; véase también ídem, “The Russian Colony in Hollywood” (tesis doctoral, Los Ángeles, University of Southern California, 1930).

²³ El líder religioso Robert N. McLean informó sobre la llegada de familias mexicanas a estas comunidades desde 1916 y habló ya de un “movimiento masivo” a la zona en 1922 (cita-

al proceso de cambio que ocurrió en las comunidades que absorbieron a los residentes mexicanos entre 1900 y 1930.

Los tranvías que aparecieron en 1887 tuvieron un modesto comienzo. Inversionistas interesados en la especulación inmobiliaria abrieron la línea Hollywood, que iba de la zona del centro a una cercana sección rural al oeste de las calles Vermont y Pico. Encabezados por Charles J. Howland, algunos inversionistas intentaron promover la venta de terrenos en esta sección del pueblo. Y si bien aumentaron las ventas de propiedades, no lo suficiente como para que la nueva línea resultara un negocio exitoso. A pesar de que la línea Hollywood fracasó, la idea persistió y, en los siguientes diez años, otros individuos invirtieron en diversos proyectos relacionados con el transporte interurbano.²⁴ La línea más rentable, operada por Eli Clark y Moses Sherman, conectaba el centro de Los Ángeles con Pasadena. Luego del éxito de la línea Pasadena, Sherman y Clark establecieron una línea a Santa Mónica. Este nuevo tranvía incrementó de manera importante el valor inmobiliario de Santa Mónica, así como su población. El sistema de ferrocarril interurbano había llegado a Los Ángeles aunque no contaba con el soporte financiero necesario para moldear un nuevo futuro. El tan necesitado empujón finalmente llegó con la participación de los financistas de San Francisco Collis P. Huntington, presidente del Southern Pacific; su sobrino Henry E. Huntington, visible heredero de Collis, y el banquero Isaias W. Hellman. Después de la muerte de Collis Huntington, Henry Huntington vendió las acciones del Southern Pacific que había heredado e invirtió el dinero en construir un emporio inmobiliario y ferroviario en el sur de California.²⁵

Aun cuando Huntington vendió su parte del sistema de tranvías en 1910, cuando era ya un hombre rico gracias a la compra y venta de propiedades en sitios donde llegaban sus líneas de ferrocarril interurbano, dejó su huella en el sistema de transporte de la ciudad. Hacia 1910, el impacto de la red interurbana en la dispersión residen-

do por Mabelle Ginn, "Social Implication of the Living Conditions of a Selected Number of Families Participating in the Cleland House Program" [tesis de maestría, University of Southern California, 1947], 17).

²⁴ Spencer Crump, *Ride the Big Red Cars: How Trolleys Helped Build Southern California* (Los Ángeles: Trans-Anglo Books, 1962), 149.

²⁵ Rufus Steele, "The Red Cars of Empire", *Sunset* 31 (octubre de 1913): 710-717.

cial ya era evidente. Pasadena, por ejemplo, triplicó su tamaño: de una población de 9 117 en 1910 pasó a tener 30 291 habitantes diez años más tarde. Otras ciudades la duplicaron o más: Santa Mónica, Maywood y Redondo Beach crecieron a más del doble entre 1900 y 1910. En la misma década, la población de Long Beach registró una verdadera explosión poblacional al pasar de menos de 2 500 a 17 809. En la década de los veinte, el servicio de tranvías interurbanos ofrecía a los pasajeros 27 rutas y más de 1 609 kilómetros de vías cruzaban la ciudad. En el auge de la operación de los tranvías, en 1924, los “carros rojos” transportaron más de cien millones de pasajeros. Las líneas se extendieron a San Pedro y Santa Mónica en el oeste, a Balboa y Santa Ana en la costa sur, a La Habra, Covina y Glendora en el este y a Glendale y Mount Lower en el norte.²⁶ Huntington diseñó la ruta hacia la zona este, la cual se extendía hacia Boyle Heights y Maravilla. Las líneas que iban a estos alrededores dieron lugar al éxodo de los mexicanos de la Plaza hacia la zona este. Muchos de ellos eran trabajadores que dependían de un sistema de transporte público barato para llegar de sus viviendas en la zona este a su empleo en las industrias urbanas.

La construcción de estas líneas interurbanas dio empleo a miles de trabajadores mexicanos sin capacitación. Como una de las industrias de mayor envergadura de la ciudad, el Pacific Electric Railway de Huntington introdujo la práctica de reclutar trabajadores de México. La mayoría llegaron a través de El Paso, donde miles de trabajadores no calificados estaban listos para aceptar cualquier empleo en el ferrocarril. A pesar de que las compañías ferroviarias, incluyendo la Pacific Electric Company pagaban salarios un poco más bajos respecto de las otras industrias, les ofrecían transporte gratuito y proporcionaban una vivienda de la compañía a los trabajadores y sus familias. En el sur de California, las compañías ferroviarias pagaban a los trabajadores mexicanos un dólar y 1.25 dólares por diez horas, mientras que ofrecían a trabajadores de otras nacionalidades hasta 1.75 por un trabajo similar. En algunos lugares del sur de California, los mexicanos que laboraban para el Southern Pacific ganaban un pro-

²⁶ Crump, *Ride the Big Red Cars...*, 235; J. Lilly, “Metropolis of the West”, *North American Review*, no. 232 (septiembre de 1931): 239-245; James H. Collins, “Los Angeles: Ex-Crossroads Town”, *World's Work*, no. 59 (agosto de 1930): 53-56.

medio de 1.25 dólares al día, mientras que los griegos ganaban 1.60 y los japoneses 1.45 por el mismo trabajo. En Los Ángeles, donde Huntington tuvo que competir con el Southern Pacific y el Ferrocarril de Santa Fe por trabajadores para el mantenimiento de las vías, la Pacific Electric pagó inicialmente a los mexicanos 1.85 dólares al día.²⁷

Los trabajadores mexicanos reclutados en Los Ángeles por el Electric Pacific se convirtieron en el primer grupo de inmigrantes residentes cuyas viviendas estaban localizadas de acuerdo con las rutas del transporte interurbano. En cada uno de los cruces principales o al final de las líneas, la compañía construyó campos de trabajo para los empleados de vías. En Santa Mónica, comunidad que se promovió como lugar de descanso, un campamento de trabajo en la periferia del pueblo mantuvo en operación la línea desde allí hasta el centro. En Pasadena, Long Beach y Santa Mónica, los campamentos crecieron lentamente durante los años de la posguerra. Muchos trabajadores dejaron su trabajo en el ferrocarril y se unieron a otras industrias, pero mantuvieron su residencia en las comunidades de los campamentos. Al crecer las comunidades alrededor de los campamentos, los pequeños oasis de residentes mexicanos se vieron rodeados por residentes suburbanos de distintas clase y nacionalidad. En la mitad de los suburbios, estas pequeñas comunidades mexicanas evolucionaron hasta convertirse en barrios satélite, urbanos y aislados, fuera de las corrientes políticas y culturales.²⁸

El desarrollo de Watts en tanto enclave mexicano en Los Ángeles tuvo un inicio de ese tipo desde 1902. Los ferrocarriles reclutaron a cuatrocientos trabajadores mexicanos para laborar en la construcción de vías que se extendían desde el centro de Los Ángeles hasta Long Beach y del Puerto de Los Ángeles a San Pedro, así como la expansión de otras dos líneas a Santa Ana y Redondo Beach. De acuerdo

²⁷ Samuel Bryan, "Mexican Immigrants in the United States", *Survey* 7 (septiembre de 1912): 728; Victor S. Clark, "Mexican Labor in the United States", *U.S. Bureau of Labor Statistics Bulletin* 78 (septiembre de 1908): 478.

²⁸ Para un breve comentario sobre los barrios satélite, véase Christine Lofstedt, "The Mexican Population of Pasadena, California", *Journal of Applied Sociology* 7 (mayo-junio de 1923): 260-268; Samuel Maldonado Ortégón, "The Religious Status of the Mexican Population of Los Angeles" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1932); y Helen Walker, "The Conflict of Cultures in First Generation Mexicans in Santa Ana, California" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1928).

con un antiguo residente anglosajón de Watts, los trabajadores mexicanos “vivían primero en los carros del ferrocarril con sus familias, después en tiendas y, finalmente, en casas de cuatro cuartos, cada una de las cuales la ocupaban dos familias, éstas tenía un techo que las mujeres compartían los días de lavado”, se trataba del “Latin Camp”.²⁹ Las compañías propietarias de estas casitas reubicaron el campamento en otra sección de Watts. En la nueva colonia, algunos investigadores encontraron que de 76 hogares, únicamente una familia vivía en “buenas condiciones”. Se encontró que 31 por ciento vivía en pequeñas casas de tres cuartos. El inspector de la Junta Sanitaria determinó: “Debido al bajo nivel y a los bajos salarios de la familia mexicana es imposible aplicar la ley estatal” relativa al espacio de las casas propiedad de la Pacific Electric Company.³⁰

Surgieron desacuerdos sustanciales entre quienes investigaban las necesidades de vivienda de los mexicanos; ciertamente, los “expertos” no se ponían de acuerdo en las categorías frecuentemente utilizadas de condiciones “buenas”, “regulares” y “pobres”. Otros problemas concernían a cuestiones de espacio y localización de la comunidad mexicana. John Emmanuel Kienle, secretario ejecutivo de la Comisión de Vivienda de Los Ángeles, realizó, en 1912, el primer estudio sobre la situación habitacional de los mexicanos. Después de visitar setecientas viviendas, informó que 18 por ciento de las familias vivía en casas de un cuarto y 60 por ciento en dos cuartos. Sólo 16 por ciento habitaba viviendas de tres cuartos y 6 por ciento, de más de tres cuartos.³¹

Animadas por la llegada de los tranvías interurbanos, las inmobiliarias subdividieron la tierra rural adyacente a las vías del tren y vendieron los lotes a precios bajos. Los agentes inmobiliarios de Watts hicieron grandes esfuerzos para vender a la población mexicana de Los Ángeles, incluso, ofrecieron, en 1916, planes de financiamiento de un dólar de enganche y un dólar por semana.³² Se pusieron a la venta lotes de casas por un pequeño enganche y mensualidades tan reducidas como

²⁹ Clara G. Smith, “The Development of the Mexican People in the Community of Watts, California” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1933), 7.

³⁰ *Ibid.*, 37.

³¹ John Emmanuel Kienle, “Housing Conditions among the Mexican Population of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1912).

³² Smith, “The Development of the Mexican People...”, 8.

25 dólares mensuales. La periodista Berta H. Smith al promover Watts con la grandilocuencia de un agente de relaciones públicas, escribió, en 1916, que la comunidad estaba constituida por “[...] el tipo de vivienda que Los Ángeles ha adoptado para resguardarse de los peligros que son la maldición de otras grandes ciudades”.³³ Otro viejo residente describió Watts como “indeseable, barato, un lugar bajo, arenoso y húmedo”. Aun así, los lotes se vendieron a buen ritmo, gracias a que las inmobiliarias alentaban a los compradores a construir cuartos temporales mientras se las arreglaban para construir la “casa de sus sueños”.³⁴

Con ganancias ahorradas a partir de salarios diarios de 2.65 dólares, en 1922 un trabajador mexicano adquiría en Watts dos lotes para la “casa de sus sueños”. Compraba los lotes en quinientos dólares pagando cien de enganche y quince semanales; construía una casa de cuatro cuartos, donde vivía con su esposa y seis hijos; cocinaban sus comidas en una estufa de madera, usaban una lámpara de queroseno para alumbrarse y cuidaban un pequeño jardín aledaño a la casa.³⁵

La mayoría de la población mexicana de Los Ángeles, sin embargo, no se cambió a Watts o a otros suburbios sino hasta la década de los veinte. Antes, quienes iban llegando de México seguían asentándose en el área de la vieja plaza mexicana. Esta zona atrajo también a buena parte de la población extranjera no mexicana, que representaba a más de veinte diferentes grupos étnicos. Los mexicanos y los italianos constituían los principales grupos, pues representaban aproximadamente 76 por ciento de la población de la comunidad del distrito de la Plaza.³⁶ Cuando inició la primera guerra mundial, la inmigración europea se detuvo y los mexicanos empezaron a reemplazar a rusos, italianos, judíos e incluso a los anglosajones en Sonoratown. De esta manera, se convirtieron nuevamente en el mayor grupo étnico de esta sección, reconquistando de hecho la Plaza.

Un examen del Registro Civil de los años de 1917 a 1918 confirma algunas investigaciones recientes que colocan el centro de la comunidad mexicana durante los años de la guerra en la comunidad de la

³³ Bertha H. Smith, “Dollar Down Can Build a Town”, *Sunset* 36 (marzo de 1916): 37.

³⁴ Bond, “The Negro in Los Angeles...”, 44.

³⁵ Smith, “The Development of the Mexican People...”, 41.

³⁶ Olive P. Kirschner, “The Italian in Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1920), 7.

Plaza (Macy School Section).³⁷ Una muestra de 275 familias mexicanas en Los Ángeles desde 1917 hasta 1918 sugiere que un gran número de personas vivía en esta sección, más que en ninguna otra en particular, y además que el mayor porcentaje (60 por ciento) vivía al oeste de Los Angeles River. El registro de matrimonios revela que antes de la década de los veinte, la comunidad mexicana residía mayoritariamente en grupos étnicos heterogéneos y sin embargo había logrado tener un impacto significativo en la zona al oeste de Los Angeles River. El corazón del distrito empresarial mexicano estaba en el distrito North Main (la Plaza).³⁸ La zona tenía también numerosas agencias religiosas y de autoayuda para los inmigrantes. En el centro del distrito estaba la iglesia católica de Nuestra Señora de Los Ángeles, principal iglesia de la comunidad mexicana. Un investigador de la Universidad del Sur de California, en un estudio sobre la población mexicana en la ciudad, observó que un promedio de cuatrocientos mexicanos visitaba el parque de la Plaza en un domingo típico.³⁹ El Centro Comunitario de la Plaza (Plaza Community Center), el Proyecto de Bloom Street (Bloom Street Project) y la Misión Internacional de Bauchet Street (Bauchet Street International Mission) atendían a la comunidad mexicana. Entre otros centros comunitarios y oficinas de ayuda para inmigrantes de la zona, estaban el Hibernian Center, la Garibaldi Society, los Maccabees, la Druid Society, la Sirian Society, St. Peter's Benefit y el Sons of Italy Hall.

El crecimiento de la zona de la Plaza había llegado a su fin con el desarrollo industrial y con la intrusión por parte de establecimientos comerciales. La vieja sección mexicana se deterioró en cierto grado y, según algunos relatos recientes, perdió su atractivo como vecindario familiar. Una revisión de las encuestas realizadas por las compañías de seguros en los años de 1905 a 1921 muestra el aumento de tiendas comerciales, bodegas y pequeños hoteles.⁴⁰

³⁷ Datos calculados a partir de las solicitudes de licencia de matrimonio en la ciudad de Los Ángeles. La información se tomó de una muestra total de 406 solicitudes de matrimonio de residentes mexicanos de la ciudad.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ William W. McEuen, "A Survey of the Mexican in Los Angeles (1910-1914)" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1914), 73-75.

⁴⁰ George William Baist, *Baist's Real Estate Atlas of Surveys of Los Angeles* (Filadelfia, 1905), ilustraciones 5-12. Véase también Eshref Shevky y Marilyn Williams, *The Social Areas of Los Angeles: Analysis and Typology* (Berkeley: University of California Press, 1949), 23-25.

Como se mencionó anteriormente, una de las principales fuerzas que propició el incremento del número de trabajadores mexicanos en Los Ángeles durante los años de la primera guerra mundial y la década de los veinte fue las compañías ferroviarias. Los mayores empleadores de mexicanos fueron la Southern Pacific, Santa Fe, San Pedro y Los Angeles-Salt Lake y la Pacific Electric. Una encuesta de la Comisión de Vivienda de Los Ángeles reveló, en 1916, que unos 267 de los 928 empleados en el distrito de la Plaza mexicana se ganaban la vida en la industria ferroviaria.⁴¹ Frecuentemente las compañías ferrocarrileras proporcionaban pequeñas cabañas, vagones de ferrocarril y lotes sin costo para los trabajadores. En 1912, John Kienle encontró trabajadores viviendo en la Plaza en condiciones deplorables y observó que

uno de los motivos por el que las compañías ferroviarias ofrecen vivienda gratis o a precios muy reducidos es porque desean mantener a los trabajadores cerca de los campos en caso de emergencia nocturna. Además, resulta más barato construir casas deficientes para esta gente que añadir unos centavos a sus salarios. La diferencia ha resultado en un ahorro para las compañías ferroviarias.⁴²

Casi veinte años después, Emory S. Bogardus, sociólogo de la Universidad del Sur de California, llegó a la conclusión de que la tendencia de muchos trabajadores mexicanos a vivir en vagones de ferrocarril derivaba del hecho de que estaban “en mudanza continua”. De cualquier manera, ya sea que vivieran en vagones de ferrocarril o en casas de la compañía a “lo largo de las vías”, las condiciones de vivienda eran paupérrimas.⁴³

A pesar de que los mexicanos residían también en campamentos del ferrocarril, casas privadas, pensiones, apartamentos y hoteles baratos, los investigadores mostraron particular interés en las condiciones de quienes habitaban las vecindades. En estos sectores, de tres a trein-

⁴¹ G. Bromley Oxnam, “The Mexican in Los Angeles from the Standpoint of the Religious Forces of the City”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 93 (enero de 1921): 131.

⁴² Kienle, “Housing Conditions...”, 11.

⁴³ Emory S. Bogardus, *The Mexican in the United States* (Los Ángeles: University of Southern California Press, 1934), 37.

ta casas ocupaban un lote común y los residentes compartían un patio, así como un sanitario y lavabos. Las vecindades de la comunidad de la Plaza, por ejemplo, ponen en evidencia el hacinamiento y la pobreza de tales instalaciones de la ciudad. Una vecindad allí consistía generalmente en diez o veinte casas, divididas a ambos lados del terreno, con un excusado en el centro. Los lotes de terreno eran normalmente de 12 por 52 metros y ofrecían un reducido espacio de juego para los niños o para actividades sociales. En 1920, los inquilinos pagaban seis dólares al mes por una casa de 92 metros cuadrados. Los residentes de una vecindad típica disponían de diez tomas de agua con lavabo y seis retretes. La sobrepoblación era constante: en una vecindad, por ejemplo, en donde había 57 residentes —20 hombres, 19 mujeres, diez niños y ocho niñas— sólo 19 de las 27 casas estaban ocupadas.⁴⁴

Un trabajo de investigación registró, en 1913, la existencia de 630 vecindades para diez mil residentes, con 3 700 casas individuales. “Mexicanos, rusos, italianos, eslovenos, austriacos, chinos, japoneses y de otras veinte nacionalidades dispersas” vivían en éstas.⁴⁵ Y si bien los funcionarios de la ciudad no promovieron la construcción de vecindades, las consideraron la respuesta a la creciente escasez de vivienda en la ciudad. En 1912, en el número setecientos de la calle New High, considerada en ese entonces como el corazón del barrio mexicano, las inmobiliarias construyeron 22 viviendas de un piso en terrenos que ocupaban una superficie de 13 por 52 metros. Como exigía la ley, los propietarios dejaron libres nueve metros cuadrados del lote, sin embargo, en el interior de la vecindad la colindancia de los lotes no tenía ningún espacio. A cada lado del terreno se levantaban diez casas, todas de dos pisos, de 4.5 metros de ancho por 3.6 de profundidad. El costo total de la vecindad se fijó en mil dólares y la renta por cada casa suponía seis dólares mensuales, es decir 132 dólares mensuales para el propietario.⁴⁶ En estas reducidas habitaciones,

⁴⁴ McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles...”, 12-15, 62-63; Emory S. Bogardus, “House-Court Problem”, *American Journal of Sociology* 22 (noviembre de 1916): 391-399; Elizabeth Fuller, “The Mexican Housing Problem in Los Angeles, Studies in Sociology”, *Sociological Monograph* 5, no. 17 (noviembre de 1920), 3.

⁴⁵ William H. Matthews, “The House Courts of Los Angeles”, *Survey* 5, 5 de julio de 1913, 461.

⁴⁶ McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles...”, 62.

regularmente vivían cuatro o más familias de ocho a nueve personas cada una. Los reglamentos de la ciudad requerían que cada vecindad tuviera al menos un retrete para hombres por cada diez de ese sexo y uno para mujeres por la misma cantidad. Existían también viejas vecindades, en las que una fuerte lluvia o una noche fría podía hacer miserable la vida de sus residentes.⁴⁷

Y aunque conseguir viviendas adecuadas continuó siendo un problema, formar una familia en Los Ángeles era algo que deseaban los inmigrantes. No obstante, se sabe, porque grupos de empleadores testificaron ante el Congreso, que los mexicanos llegaban como trabajadores solteros. Un estudio de enero de 1915, que comprendía 1 202 vecindades de la ciudad, muchas ocupadas por mexicanos, reveló que albergaban a una población de 6 490 hombres, 4 920 mujeres y 5 100 niños.⁴⁸ En 1920, Elizabeth Fuller realizó una encuesta en cincuenta hogares mexicanos en el distrito de la Plaza Central y encontró un promedio de 5.78 personas por hogar (incluyendo 3.10 niños menores de diez años). Fuller concluyó que el mexicano “viene aquí como joven esposo, joven padre” no como soltero. Fuller creía que la familia encontraría “una mejoría constante” con la “influencia de la iglesia, de la escuela, de la misión o del establecimiento”. En las cincuenta casas encuestadas por Fuller, los inquilinos mexicanos pagaban una renta mensual promedio de 9.80 dólares, cantidad considerable si se toma en cuenta los bajos salarios y la irregularidad en el empleo.⁴⁹

La fuerte inmigración mexicana durante los años de la guerra generó en Los Ángeles una sobreabundancia de fuerza de trabajo no calificada. Investigadores estatales revisaron el patrón laboral de los residentes de la comunidad de la Plaza en 1915 y concluyeron que el desempleo era elevado y que quienes trabajaban tenían empleos mal remunerados en tareas que requerían de trabajo manual pesado. Encontraron, por ejemplo, que de 246 mexicanos varones empleados potenciales, 106 ya disponían de trabajo, 131 eran desempleados y los nueve restantes o bien no fueron tomados en cuenta o se encontraban fuera de su casa. Exactamente cien de estos trabajadores se gana-

⁴⁷ Matthews, “The House Courts of Los Angeles”, 462-463.

⁴⁸ Bogardus, “House-Court Problem”.

⁴⁹ Fuller, “The Mexican Housing Problem...”, 3-4.

ban la vida en empleos de cuello azul y 93 en trabajos que no requerían de calificación. Solamente un pequeño porcentaje de las mujeres mexicanas en la comunidad trabajaba fuera de casa. De las 25 mexicanas empleadas, ocho laboraban en lavanderías y siete se mantenían gracias a pensiones alimenticias y de apoyo para la vivienda.⁵⁰

A pesar de que 33 de las principales industrias de la comunidad de la Plaza empleaban a un total de 1 499 personas en 1915, los trabajadores podían esperar largos periodos de desempleo o subempleo. Una encuesta entre 359 familias, realizada para el lapso de 1914 a 1915, reveló que 228 hombres no tenían empleo; sólo 146 confirmaron estar trabajando;⁵¹ 62 por ciento de los trabajadores ganaba menos de quince dólares a la semana o menos de 2.50 al día en semana de seis días; sólo una pequeña minoría, 21 trabajadores, ganaba salarios semanales de 22.50 dólares o de entre tres y cuatro dólares al día.⁵² El estudio, realizado durante los cuatro meses que van de diciembre de 1914 a marzo de 1915, incluyó sin duda a muchos empleados temporales que trabajaban durante la época de las cosechas en las afueras de la ciudad y que habían vuelto a asentarse en ésta con la esperanza de encontrar un trabajo ocasional. La industria ferrocarrilera también registraba meses flojos durante el invierno y, como la comunidad colindaba con las vías de los ferrocarriles Southern Pacific y Santa Fe, es probable que entre los desempleados se haya contabilizado a trabajadores ferroviarios.

El hecho de que los residentes inmigrados de la Plaza tuvieran la capacidad de lograr metas, considerando sus magros ingresos y sus irregulares empleos, es un crédito a su voluntad y fortaleza para hacer grandes sacrificios. Incluso quienes trabajaban regularmente obtenían bajos ingresos. En 1916, entre las industrias más grandes de la comunidad había dos empacadoras de carne que empleaban a 876 hombres,

⁵⁰ California, Commission of Immigration and Housing (CIH), *Second Annual Report* (Sacramento: CIH, 1916), 252-254.

⁵¹ *Ibid.*, 259-261.

⁵² John McDowell, *A Study of Social and Economic Factors Relating to Spanish-Speaking People of the United States* (Filadelfia: Home Missions Council, 1927), 16. Oxnam encontró que, antes de la guerra, los trabajadores mexicanos ganaban entre 1.60 y 2.80 dólares al día. Después de la guerra, supone el salario promedio diario en 3.45 dólares. Véase "The Mexican in Los Angeles...", 14). McEuen encuestó a 63 trabajadores mexicanos en cinco vecindades y observó que 45 ganaban entre 1.75 y 2.25 dólares en 1914. Véase "A Survey of the Mexican in Los Angeles...", 26.

la compañía Los Angeles Pressed Brick que empleaba a 143 hombres y Los Angeles Gas Works a 182. Los salarios diarios oscilaban en promedio entre 1.75 y cuatro dólares en las empacadoras de carne, entre dos y cuatro dólares en la compañía Los Angeles Pressed Brick y entre dos y 2.40 en la compañía de gas. A manera de comparación, una fresadora y fundidora que ocupaba únicamente a pocos mexicanos pagaba 35 centavos de dólar la hora o 3.50 por una jornada de diez horas de trabajo. Sin embargo, la fresadora clasificó a cuarenta de sus 58 empleados en la categoría de calificados.⁵³ Los líderes de la ciudad culpaban al desempleo y a los bajos salarios por el incremento de los problemas sociales en el barrio de la Plaza.

Para desazón de los habitantes locales, el área al norte de la Plaza se convirtió, al final del siglo, en la principal zona roja de la ciudad. Mediante leyes de zonificación y prácticas corruptas, los funcionarios gubernamentales habían permitido a casi todos los burdeles y las casas de apuestas y a un tercio de las cantinas de la ciudad establecerse en el espacio entre la Plaza y el corazón del Barrio Chino (inmediatamente al noroeste de la Plaza). Como respuesta a las quejas de los líderes eclesiásticos y civiles, los reformadores progresistas —incluida la comisión local de vivienda, bajo el auspicio del Departamento de Salud— se las ingeniaron para cerrar la mayoría de las “casas de pecado” a mediados de 1910 y ordenaron la demolición de cientos de viejos edificios y casas.⁵⁴ Esto animó a la industria ligera a mudarse al espacio creado por la limpia urbana. Durante las primeras dos décadas del siglo xx, las casas de la Plaza y las propiedades comerciales se vendieron a precios razonables, por lo que buena parte de éstas fueron compradas por los locales de reparación del ferrocarril y por depósitos, factor que atrajo crecientemente a bodegas, rastros e industrias afines.

⁵³ Smith, “The Development of the Mexican People...”, 41; G. Bromley Oxnam, *The Mexican in Los Angeles: Los Angeles City Survey* (Los Ángeles: Interchurch World Movement of North America, 1920), 14; Gladys Patric, *A Study of the Housing and Social Conditions in the Ann Street District of Los Angeles, California* (Los Ángeles: 1918), 11.

⁵⁴ Leonard Pitt, *The Decline of the Californios: A Social History of the Spanish-Speaking Californians, 1846-1890* (Berkeley: University of California Press, 1966), 264. Véase también K.F. Tom, “The Participation of the Chinese in the Community Life of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1944).

El desplazamiento del distrito central de negocios fuera de la Plaza coincidió no sólo con el incremento de transporte interurbano y la aparición de la industria ligera, sino también con la construcción masiva de casas suburbanas. Durante septiembre de 1910, se otorgaron novecientos permisos de construcción en la ciudad, 60 por ciento de los cuales fueron para casas habitación. En referencia al significativo crecimiento de la vivienda, un promotor urbano comentó que: “ciudades con cinco veces la población de Los Ángeles no registran un logro de tales proporciones”.⁵⁵

En los años de la guerra, la comunidad de la Plaza, sobrepoblada debido al flujo de migrantes, se expandió aún más ocupando el área inmediatamente al este del río. Esta expansión inició con el nuevo siglo, cuando la Pacific Electric construyó un depósito de carga a una cuadra al norte de la Plaza y a dos cuadras del agua. En las cercanías, las primeras industrias que se establecieron incluían dos fábricas de macarrones, la compañía Pacific Biscuit, la cervecería Maier and Zobelein y los dos más grandes aserraderos de la ciudad. Dos de los mayores empleadores de mexicanos en la era previa a 1910 fueron la Cudahy Packing Company y la Southern Pacific Yards, que mantenían sus tiendas en la comunidad de la vieja plaza. En el extremo opuesto, otras nuevas industrias —entre ellas la Lewellyn Iron Works, la Southern Refining Company y las instalaciones de la Standard Oil— ofrecieron trabajo adicional a los trabajadores no calificados. Finalmente, la Western Lumber Company y la Los Angeles Framing and Milling Company establecieron sus oficinas a dos cuadras al sur del Barrio Chino, junto a la propiedad de don Manuel Requeña. Éste, cuya familia estaba allí antes de la conquista anglosajona, era uno de los pocos mexicanos que conservaban su propiedad en la zona del centro.⁵⁶

Luego del estallido de la primera guerra mundial, la economía de Los Ángeles se expandió como resultado del crecimiento de las industrias ligadas a la guerra. Esta época incrementó la producción y venta de bienes, de barcos e incluso de frutas, generando una nueva

⁵⁵ Walter V. Woehlke, “Los Angeles—Homeland”, *Sunset* 36 (enero de 1911): 11.

⁵⁶ George William Baist, *Baist's Real Estate Atlas...*, ilustraciones 4, 5, 12; John Steven McGroarty, *History of Los Angeles County* (Chicago: American Historical Society, 1923), vol. 1: 13, 281.

demanda de trabajadores. Sin posibilidad de encontrar vivienda en la colonia de la Plaza, los mexicanos recién llegados fueron al noreste en busca de barrios habitacionales. En unos cuantos años, el barrio del Parque Elysian (también denominado distrito de Ann Street), al norte de la Plaza (limitado por el Parque Elysian, North Broadway al oeste, Avenue 20 al este y la Alhambra al sur), aumentó su reputación de comunidad heterogénea de trabajadores. Algunos investigadores encontraron que, hacia 1916, mexicanos e italianos constituían 80 por ciento de los grupos étnicos en este barrio. En una encuesta realizada por la Sociedad para la Prevención de la Tuberculosis de Los Ángeles (Los Angeles Society for the Study and Prevention of Tuberculosis), unas 1 650 personas en 331 hogares fueron interrogadas acerca de su condición de salud. Del total de los encuestados, 51 por ciento era mexicano y 30 por ciento, italiano. Como en otras comunidades mexicanas, la juventud era el común denominador. Solamente 2 por ciento de los residentes mexicanos tenía más de treinta años de edad, en comparación con 13 por ciento de otros grupos. Sin embargo, la familia mexicana promedio estaba integrada por cinco miembros, más de la mitad de los cuales vivía en pequeños departamentos en conjuntos habitacionales. El hacinamiento en la vivienda y la falta de espacio para actividades recreativas afectaron a los mexicanos, puesto que 56 por ciento de los 855 miembros de este grupo se encontraba entre los cinco y los nueve años. La movilización hacia este barrio ilustra el hecho de que la comunidad mexicana se movió en dirección noreste, al mismo tiempo que comenzó a hacerlo en mayor medida hacia el este.⁵⁷

Desde 1920, numerosos signos apuntaban al desplazamiento de los mexicanos hacia el este del pueblo. G. Bromley Oxnam sugirió en 1920 que: “es bastante probable que los mexicanos, ahora localizados alrededor de la Plaza y en el distrito Macy School, serán forzados a ir a otras partes de la ciudad en los próximos cinco años”.⁵⁸ Ya era un hecho que la comisión estatal del ferrocarril había considerado situar la estación de pasajeros de Union Pacific en el área adyacente a la comunidad de la Plaza. Esta área, con casas de asistencia, peque-

⁵⁷ Patric, *A Study of the Housing and Social Conditions...*, 7.

⁵⁸ Oxnam, “The Mexican in Los Angeles...”, 23.

ños hoteles y barracas, casuchas de una o dos recámaras, había sido muy popular entre los nuevos inmigrantes. Aunque un grupo cívico propuso la construcción de la terminal de pasajeros en el área este de Los Angeles River, este plan alternativo nunca gustó a los gigantes ferroviarios. Para Oxnam, era probable que el lugar de la Plaza sería el elegido. Él explicó las consecuencias:

esto significa que entre cinco mil y diez mil mexicanos tendrán que mudarse a otras secciones de la ciudad. Puede pensarse que un buen número se irá a la región de Palo Verde [...] que otro numeroso grupo cruzará el río y se asentará alrededor de la avenida Stephenson, en lo que podría denominarse la sección de South Boyle Heights. Otro grupo más buscaría el nuevo distrito industrial, justo al sur de los límites de la ciudad.⁵⁹

Trabajo, vivienda barata y vida comunitaria fueron factores del desplazamiento de los mexicanos hacia el este. Este asentamiento, sin embargo, hubiera sido de escasas consecuencias sin el servicio regular y las bajas tarifas del sistema de ferrocarril interurbano. El tranvía interurbano eléctrico hizo posible que los mexicanos se extendieran hacia las áreas residenciales a varios kilómetros del distrito central de negocios y de las áreas industriales. El desplazamiento de los mexicanos hacia el “nuevo” lado este ocurrió al tiempo que Los Angeles Pacific Electric Railway abrió líneas a Brooklyn Heights, Boyle Heights y Ramona. En efecto, la disponibilidad del servicio de ferrocarril a comunidades exteriores como Maravilla y Belvedere hizo posible que muchas familias de clase trabajadora pasaran a las viejas comunidades asentadas inmediatamente al este de Los Angeles River. Estas dispersas comunidades del lado este pronto se volvieron una sola. En contraste con la población total de Los Ángeles, que “vivía en una metrópolis fragmentada por excelencia”, la comunidad mexicana emergió alrededor de 1930 como un grupo estrechamente cerrado tanto residencial como socialmente.

Los mexicanos construyeron el sistema del ferrocarril interurbano y eran los usuarios más constantes. Pero, mientras los mexicanos se-

⁵⁹ *Ibid.*

guían utilizando este medio de transporte, la población anglosajona prefirió cada vez más el automóvil. El auge y popularidad de este nuevo medio tuvo un gran impacto en la estructura urbana de Los Ángeles. El registro de automóviles se elevó notablemente, en especial durante los años posteriores a la primera guerra mundial. De hecho, hacia mediados de la década de los veinte, uno de cada siete estadounidenses era propietario de un automóvil; de los californianos, uno de cada cuatro y, en Los Ángeles, considerada como la capital mundial del automóvil, la tasa era de un carro por cada 2.25 personas. Los propietarios de autos gozaban de una gran movilidad y conforme se incrementaba el registro de éstos, la población gravitó en forma natural hacia zonas más lejanas.⁶⁰ Como otras ciudades en Estados Unidos, Los Ángeles incorporó muchas de las nuevas comunidades. En 1910, Los Ángeles era una ciudad de 161 kilómetros cuadrados y hacia 1930 contaba con 710 kilómetros cuadrados.⁶¹ Así, en tanto las zonas pobladas de la ciudad se extendían, emergieron vastas regiones de casas habitación. Hacia los veinte, el automóvil había contribuido no sólo a un desplazamiento masivo de las familias hacia las zonas periféricas, sino a incrementar la dispersión de las industrias manufactureras.

A pesar de que la nueva colonia mexicana en el este empezó a crecer, otros enclaves mexicanos seguían sobreviviendo el encierro creado por el desarrollo suburbano. Una de estas comunidades, dividida en tres secciones, se localizaba en Pasadena, uno de los suburbios más grandes de Los Ángeles y un área predominantemente anglosajona. De acuerdo con una encuesta de 1922, los tres barrios de Pasadena contaban con 1 736 mexicanos o 395 familias. Christine Lofstedt, investigadora universitaria, describe una de las secciones del sur de Pasadena: “[estaba] localizada en esa estrecha franja de tierra al sur de la avenida Colorado, atravesada transversalmente por dos líneas de ferrocarril, con tanques de gas, plantas de energía eléctrica, diversas fábricas, lavanderías y un heterogéneo amontonamiento de adobes”.⁶²

⁶⁰ Ashliegh E. Brilliant, “Some Aspects of Mass Motorization in Southern California, 1921-1929”, *Historical Society of Southern California Quarterly* 47 (1965): 191-206.

⁶¹ James H. Collins, “Los Angeles Grows by a Formula”, *Southern California Business* 12 (septiembre de 1933): 18-19; Los Angeles Chamber of Commerce, *Los Angeles To-Day: City and County* (Los Ángeles: Los Angeles Chamber of Commerce, 1927), 3-5.

⁶² Lofstedt, “The Mexican Population of Pasadena”, 260.

En Pasadena, los mexicanos que vivían en la sección sur y en otros barrios encontraron trabajo agrícola temporal en las granjas y los ranchos aledaños de cítricos. “La mayor parte de su trabajo —escribió Lofstedt— está en los huertos, en la recolección de fruta, la jardinería, el trabajo de cantera, las cementeras, la excavación, la albañilería y la lavandería”.⁶³

En otro barrio de Los Ángeles, otra investigadora, Elizabeth F. Hymer, observó que las condiciones de vivienda eran un poco mejores que las de la colonia mexicana de Watts y que los residentes parecían gozar de una mejor situación económica. La comunidad, escribió, es un “grupo racial heterogéneo, integrado predominantemente por judíos, negros y por mexicanos de clase alta”. Para el visitante ocasional, los residentes de este barrio parecen tener una “clara disposición al ahorro, aspiraciones y respeto a sí mismos”. La encuesta de Hymer reveló que la tercera parte quería vecinos “estadunidenses”, un indicador de que tenían el “deseo definitivo de llegar a formar parte del orden social estadounidense”.⁶⁴

Cuando Los Ángeles diversificó sus industrias, se desarrollaron nuevas áreas y otras desaparecieron. La industria llantera y las emparadoras de carne, por ejemplo, encontraron lugares ideales para ubicar sus plantas: tierra barata, bajos impuestos y amplia fuerza laboral de las áreas periféricas. Para compañías que dependían de la marina mercante, la zona portuaria que rodeaba San Pedro y Wilmington (al sur de Los Ángeles) resultaba la alternativa lógica. A las compañías que realizaban la mayor parte de su actividad por ferrocarril, el área justo al este del centro de la ciudad les ofrecía muchas ventajas.

El rápido desarrollo de la industria llantera se ubicó predominantemente en el lado este. La industria había arrancado en los años posteriores a la primera guerra mundial, cuando el automóvil se popularizó en Estados Unidos, en particular en el sur de California. Hacia mediados de la década de los veinte, la industria empleaba ocho mil trabajadores y tenía una nómina anual de catorce millones de dólares.

⁶³ *Ibid.*, 262.

⁶⁴ Elizabeth Hymer, “A Study of the Social Attitudes of Adult Mexican Immigrants in Los Angeles and Vicinity, 1923” (tesis de maestría, Los Ángeles University of Southern California, 1924), 2, 3, 25.

Una de las principales fábricas, la Samson Tire, adquirió dieciséis hectáreas del Union Pacific Industrial Park en el Atlantic Boulevard. A principios de los veinte, esa área registraba una gran concentración de mexicanos y continuaba expandiéndose.⁶⁵

La migración creciente de trabajadores mexicanos influyó en el crecimiento de todas estas comunidades. A mediados de los veinte, la inusitada inmigración de familias mexicanas a Los Ángeles contribuyó a convertirla en la nueva “capital mexicana” de Estados Unidos. Desde 1920 hasta 1930, la población mexicana de Los Ángeles se triplicó, pasando de 33 644 a 97 116. Tal crecimiento hizo de Los Ángeles la ciudad líder, por primera vez sobre San Antonio, que era tradicionalmente la ciudad mexicana más grande de la nación. Además, tomando en cuenta todo el condado, había en Los Ángeles 167 000 mexicanos, cifra significativamente superior a la de casi todas las ciudades de México.⁶⁶ El mayor crecimiento ocurrió en las áreas del este y del sur del centro de Los Ángeles, especialmente en el Central Plaza District y en Boyle Heights (correspondientes a los distritos electorales 60 y 61 de 1930). En el distrito 60, que en 1930 incluía la Plaza Central, Lincoln Heights y algunas secciones de Boyle Heights, la población mexicana sumaba casi 35 000 o aproximadamente el doble del segundo barrio más grande localizado en el distrito 61. Éste colindaba con la comunidad anglosajona del sur de Pasadena, la comunidad predominantemente mexicana de Belvedere y un pequeño distrito negro, extensión del barrio de Central Avenue.⁶⁷

Una vez que se movilizó la población mexicana hacia el este, también lo hicieron muchos de los centros religiosos y sociales ligados a este grupo. El Brownson House Settlement, el centro más antiguo para los inmigrantes mexicanos de Los Ángeles, reubicó sus instalaciones en 1928 a Pleasant Avenue, en el lado este, para continuar atendiendo a la población mexicana. Construida en 1901, la original

⁶⁵ John C. Austin, “Pioneering the World’s Second Tire Center”, *Southern California Business* 8 (febrero de 1929): 9, 10, 47.

⁶⁶ U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 266; Ricardo Romo, “The Urbanization of Southwestern Chicanos in the Early Twentieth Century”, *New Scholar* 6 (1977): 185.

⁶⁷ U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 3: *Population*, 287 y vol. 6: *Population*, 181.

Brownson House estaba localizada cerca de la plaza, justo al oeste de Los Angeles River. Mary J. Desmond, jefa de residentes del asentamiento, recuerda que cuando se estableció por primera vez “estaba en un valle, rodeado de encantadoras casas y atractivos jardines, pero, en años recientes, la invasión de empresas comerciales fue tan contundente que el asentamiento se encontró completamente rodeado de fábricas y funcionaba justo debajo de tres enormes torres que eran tanques de gas”.⁶⁸

Hacia el final de la década de los veinte, la comunidad de Belvedere, con treinta mil residentes de origen mexicano, tenía la concentración más grande de mexicanos en la metrópoli de Los Ángeles, mayor que otras comunidades más cercanas al centro, como Boyle Heights y Lincoln Heights.⁶⁹ Los mexicanos habían comenzado a mudarse a Belvedere a fines de la década de los diez, un periodo cuando los terrenos y las casas de ese lugar eran significativamente más baratos que en Boyle Heights, que entonces era un distrito judío e italiano. Lo mismo que a Santa Ana, a esta comunidad del lado este la atendía el sistema de tren interurbano, el cual abarató el transporte al interior de la ciudad y lo hizo relativamente rápido.⁷⁰ A comienzos de los veinte, una línea del Pacific Electric que iba desde la intersección Slauson (cerca del centro de Los Ángeles) hasta el Orange County, vía Belvedere, Los Nietos y La Habra, abrió grandes opciones a los mexicanos que buscaban adquirir propiedades. Belvedere, todavía más cerca del corazón central que Watts o Santa Mónica, floreció en la década siguiente a la primera guerra mundial. A diferencia de las comunidades del suroeste de Los Ángeles, donde mexicanos y negros juntos constituían la mayoría, en Belvedere solamente había trece habitantes negros registrados por el censo de 1930. En Belvedere, en 1920, los residentes blancos nativos y los blancos de procedencia mixta extranjera estaban representados en la misma proporción. El hecho de que hubiera pocos negros en el lado este presumiblemente aumentó las oportunidades de empleo para los trabajadores mexicanos, en particular para quienes buscaban empleo en

⁶⁸ Mary J. Desmond, “New Brownson House”, *Playground* 22 (noviembre de 1928): 456.

⁶⁹ U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 6: *Population*, 181.

⁷⁰ Crump, *Ride the Big Red Cars...*, 236.

las plantas manufactureras de ladrillo, madera, barro e industria pesada en distritos adyacentes.⁷¹

Conforme las industrias se reubicaron en las comunidades al este y al sur de Belvedere, los residentes mexicanos satisficieron una importante laguna laboral. Las compañías restringidas a áreas fuera de las zonas residenciales —como las empacadoras de carne, acero y armadoras de autos—, así como las que buscaban permanecer cerca de las líneas ferroviarias más largas del lado este, establecieron cuarteles manufactureros en Vernon, Marywood, Commerce, Bell y Cudahy. Dichas plantas ofrecieron a los mexicanos oportunidades de trabajo en empleos relacionados con la industria; sin embargo, a pesar de lo que parecía abrir un amplio abanico de empleos, la trabajadora social Mary Lanigan observó que la segunda generación de mexicanos en Belvedere seguía desilusionada a fines de los veinte, puesto que se “había acostumbrado a la segregación y a [referirse a] los estadounidenses como gente blanca”. Habían llegado a entender, escribió Lanigan, “que existen ciertos tipos de trabajos para los mexicanos y otros para los estadounidenses”. En cuanto a la integración, llegó a la conclusión de que “Estados Unidos ha rechazado al inmigrante mexicano en cada paso que ha dado para alcanzar este objetivo”.⁷²

La mayoría de las nuevas subdivisiones de Los Ángeles, unas mil cuatrocientas en el condado, sólo en la década de los veinte, fueron hechas para complacer a los angloamericanos nativos y a los inmigrantes provenientes del norte de Europa. En un artículo intitulado “The Land of Sunny Homes”, un promotor de Los Ángeles advertía:

Para el hombre cuyo capital consiste principalmente en sus manos desnudas, las oportunidades en el sur de California son limitadas, a pesar de que el distrito ha tenido un notable crecimiento económico gracias al precio barato del combustible y la energía eléctrica, aun cuando el número de fábricas se duplica cada cinco años, a pesar de que el flujo laboral normalmente excede la demanda.⁷³

⁷¹ U.S. Bureau of the Census, *Fifteenth Census, 1930*, vol. 2: *Population*, 259-263.

⁷² Mary Lanigan, “Second Generation Mexicans in Belvedere” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1932), 45.

⁷³ Walter V. Woehlke, “The Land of Sunny Homes”, *Sunset* 34 (1915): 472.

Así, la mayor parte de las “oportunidades doradas” que existían en Los Ángeles beneficiaron a trabajadores calificados y semicalificados. Las utilidades obtenidas, posibles gracias al trabajo barato de trabajadores no calificados, permitieron a muchos angloamericanos de cuello azul y blanco pasar a formar parte de subdivisiones cada vez más acomodadas.

El Movimiento Mundial Intereclesiástico (Interchurch World Movement) de Los Ángeles encontró considerables mejoras en la situación de la vivienda en 1920, a pesar de que las comunidades mexicanas seguían siendo aisladas y hacinadas. El estudio de este movimiento descubrió que 1 por ciento de las familias mexicanas vivía en habitaciones de un cuarto y 50 por ciento, en residencias de cuatro y cinco cuartos; una mejora respecto a las condiciones señaladas por el estudio hecho la ciudad en 1912, que había mostrado sólo 5 por ciento en residencias de gran tamaño. Estos avances parecían realmente notables y fueron refutados más tarde por otros estudios. No obstante, aunque la encuesta de la Iglesia había encontrado progresos en la vivienda, recomendó que “debía asignarse un presupuesto razonable para investigar las rentas exorbitantes que hoy se cobra a los mexicanos”.⁷⁴

El crecimiento acelerado de los negocios mexicanos en el barrio, que alcanzó la cifra de 239 en 1922, reflejaba un sentido de permanencia, lo que desdibujó el mito de que los mexicanos contribuían a la economía de Los Ángeles únicamente a través del trabajo eventual. La mayoría de los establecimientos mexicanos, al menos hasta la primera guerra mundial, operaron para la comunidad de la Plaza. Al desplazarse la comunidad mexicana hacia East Los Angeles, durante los años de la posguerra, muchos de los negocios la siguieron, pues también enfrentaban los problemas derivados de las altas rentas y la falta de espacio. Más aún, grandes oportunidades de negocios aguardaban a los mexicanos en las nuevas comunidades. Esto era particularmente notorio en el caso de las tiendas de barrio como las tortillerías. Hacia 1920, diez de cada 66 tiendas de abarrotes propiedad de mexicanos estaban localizadas en Brooklyn Avenue en el lado este y docenas más se abrieron durante el mismo periodo en calles

⁷⁴ Oxnam, “The Mexican in Los Angeles...”, 8. Para el estudio de 1912, véase la nota 31.

cercanas a Brooklyn. El negocio de abarrotes era el más popular para los mexicanos; estas tiendas constituían una cuarta parte de toda la actividad comercial de la comunidad. Los siguientes dos negocios más populares para los mexicanos en los veinte eran los restaurantes y los establecimientos de limpieza. La popularidad de estos dos negocios puede derivar de la presencia de tantos hombres solteros en los barrios.⁷⁵

El área de la Plaza, sin embargo, seguía dominando las actividades culturales y recreativas. Los trabajadores mexicanos frecuentaban los salones de billar, los cines y las tiendas de “maquinitas” tragamonedas de la zona del centro. Los mexicanos favorecían especialmente los billares de North Main como lugar de reunión. En una tarde típica, cerca de 150 hombres jugaban billar o simplemente acudían a divertirse a los billares de la zona. Estos sitios resultaban atractivos para un grupo étnico en particular y, si bien las políticas de segregación no fueron la regla, los mexicanos preferían reunirse en lugares donde había otros de su misma clase y formación. Durante el periodo posterior a la primera guerra mundial, los mexicanos frecuentaban cuatro salas de billar administradas por japoneses. Adicionalmente, cinco de los teatros mexicanos más populares en la ciudad estaban localizados en North Main. En 1910, el Teatro Hidalgo registró las mayores audiencias: para la función del sábado, por ejemplo, un investigador informó que 525 clientes abarrotaron el teatro y que 75 por ciento eran mexicanos.⁷⁶

Datos demográficos demuestran que el desplazamiento de los mexicanos al área urbana de California tuvo un marcado impacto sobre la población en general. De acuerdo con el *Monthly Labor Review*, en 1929, los mexicanos en California sumaban 17.7 por ciento del total de nacidos en el estado. El excedente de nacimientos sobre fallecimientos entre la población blanca de la zona desincorporada del condado de Los Ángeles en los años de 1921 a 1927 era de sólo 241, mientras que entre los mexicanos fue de 4 070. En un periodo similar, de 1918 a 1927, el excedente total de nacimientos respecto a las muertes en Los Ángeles fue de 43 066, de los cuales 10 189 (20 por ciento), eran mexicanos. Un estudio entre 769 familias mexicanas en el mismo

⁷⁵ Cifras calculadas a partir de datos publicados por Los Angeles Directory Company, *Los Angeles City Directory* (Los Ángeles: Southern California Publishing Company, 1920-1930).

⁷⁶ McEuen, “A Survey of the Mexican in Los Angeles...”, 74-77.

periodo confirma la alta tasa de crecimiento de las familias mexicanas, éste reveló que el número promedio de hijos por familia examinada fue de 4.3. De hecho, 45.3 por ciento de las familias tenía cinco o más hijos, mientras que 40.4 por ciento tenía menos de tres.⁷⁷

El estudio confirmó también los bajos salarios obtenidos por la clase trabajadora mexicana en Los Ángeles. De las 701 familias mexicanas sobre las que se disponía información respecto del promedio de su ingreso mensual, 69.2 por ciento promedió menos de cien dólares al mes, 10.5 por ciento entre cien y ciento cincuenta dólares, 5.9 por ciento entre ciento cincuenta y doscientos dólares y únicamente 4.4 por ciento ganaba doscientos dólares o más. Como resultado, todas las personas capacitadas en estas familias eran alentadas a contribuir al ingreso familiar. Un estudio entre 435 familias reveló que 35.2 por ciento tenía hijos que trabajaban al menos tiempo parcial.⁷⁸

Mientras algunas de las comunidades de la periferia seguían atrayendo a blancos lo mismo que a mexicanos, se hicieron claramente visibles los distintos patrones de los barrios mexicanos y los de los blancos con el incremento de la población mexicana. Por ejemplo, en Watts, según Clara G. Smith, “Main Street dividía la comunidad en dos secciones; el norte de Main se vio ocupado por blancos, la mayoría de los cuales se segregaba por su propia cuenta, mientras que la parte más grande al sur fue ocupada básicamente por mexicanos y, después, tanto por mexicanos como por negros”.⁷⁹ A pesar de que había mexicanos habitando en todos los distritos de Los Ángeles, la discriminación en vivienda por parte de los angloamericanos en contra de los mexicanos prevaleció en muchos de los distritos de las comunidades del sur de California. Antes de la primera guerra mundial, los residentes angloamericanos de la plaza del distrito de Central Avenue resistieron exitosamente la “invasión” de mexicanos, así como la de negros y asiáticos, a través de esfuerzos personales o bien echando mano de cláusulas restrictivas en contratos de hipoteca. Más al sur en Watts, Smith concluyó, “cuando el mexicano compra propie-

⁷⁷ U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, “Labor and Social Conditions of Mexicans in California”, *Monthly Labor Review* 32 (enero de 1931): 86-87.

⁷⁸ *Ibid.*, 89.

⁷⁹ Smith, “The Development of the Mexican People...”, 10.

dades en el distrito blanco se vuelve un exiliado para su antiguo grupo y es rechazado por sus vecinos estadounidenses”.⁸⁰

Como los negros y los asiáticos, los mexicanos sufrieron segregación en la vivienda en casi cada una de las secciones de la ciudad y en su periferia. En Santa Ana, una mujer explicaba cómo fue que la población mexicana llegó a vivir cerca de las vías del ferrocarril en un área conocida como el distrito Santa Fe:

Los mexicanos se fueron a vivir allá porque las rentas eran baratas y porque existía también un sentimiento horrible entre la gente blanca de Santa Ana, no les gustaba vivir cerca de los mexicanos. Un blanco prefería dejar su casa desocupada antes que rentarla a un mexicano, aunque éste y su familia fueran limpios y pagaran la renta. De modo que, les gustara o no vivir en un distrito sólo para ellos, los mexicanos tenían que hacerlo. No había otro lugar en el que consiguieran una casa para vivir.⁸¹

En la comunidad de Santa Ana, el deseo de los mexicanos de “ubicar a sus hijos en escuelas con los estadounidenses” generó otros cambios en los patrones residenciales de la nueva población migrante. Según Helen Walker, trabajadora social en la comunidad, “muchos de los mexicanos sentían que las escuelas mexicanas, con sus edificios viejos y feos, no eran tan buenas como las escuelas a las que acudían los estadounidenses”.⁸²

En 1927 la Cámara de Comercio de Los Ángeles solicitó a las ciudades circundantes conurbadas que informaran sobre cuestiones tales como crecimiento poblacional e industrias. Las respuestas recabadas arrojaron mucha luz al problema de la segregación y las actitudes de los líderes de la comunidad hacia el desplazamiento de residentes mexicanos a sus distritos. La ciudad costera de El Segundo declaró en forma por demás arrogante que su ciudad “no tenía negros ni mexicanos”. Lynwood, una de las nuevas zonas industriales al sureste de

⁸⁰ *Ibid.*, 61.

⁸¹ Citado por Walker, “The Conflict of Cultures...”, xiv.

⁸² *Ibid.*, xv. Véase también Helen Walker, “Mexican Immigrants and American Citizenship”, *Sociology and Social Research* 13 (mayo de 1929): 465-471.

la zona central, informó en 1930: “Lynwood, si bien restringida a la raza blanca, puede proporcionar amplio trabajo de la mejor calidad”.

Todas las ciudades que deseaban atraer a nuevos residentes se sentían aparentemente obligadas a congratularse por tener pocos extranjeros o grupos raciales mixtos. Long Beach, una comunidad que a fines de la década de los veinte tenía de hecho una extensa población mexicana de cerca de trece mil, se anunciaba con orgullo: “Long Beach tiene una población de 140 mil habitantes, 98 por ciento de los cuales son de raza anglosajona”.⁸³

La mayor parte de esta hostilidad se dirigía contra los inmigrantes mexicanos pobres de clase trabajadora. Los agentes inmobiliarios y los propietarios de casas trataban de burlar las reglas no escritas de la segregación cuando parecía que la minoría interesada había llegado a la clase “adecuada”. Una vez que habían consolidado sus carreras cinematográficas, Ramón Navarro y Dolores del Río, dos de las estrellas más exitosas de Hollywood en los veinte, compraron casas cerca del lado oeste, casi totalmente blanco. Otros cuantos ricos mexicanos se asentaron en la zona oeste, en medio de casas a la moda en los bulevares Adams y Wilshire. Estos residentes del oeste, que habían sido integrantes de la elite gobernante durante la presidencia de Porfirio Díaz, vivían de manera confortable en casas privadas con espaciosos jardines, reminiscencia del México prerrevolucionario. *The Los Angeles Times* publicó que en West Adams, cerca del popular Centro Hispanoamericano, las señoritas mexicanas se llevaban con la crema y nata de la ciudad.⁸⁴ Muchos de los exiliados más ricos de México hicieron sus casas en Los Ángeles durante el periodo de 1910 a 1930, incluyendo a Luis Terrazas, el ex terrateniente de Chihuahua, quien poseyó un imperio de ganado y minas valuado en doscientos millones de dólares, y a los ex gobernadores de Baja California y Oaxaca.⁸⁵

Es difícil medir el impacto que esta segregación tuvo sobre los residentes mexicanos. Ciertamente, algunos de los recién llegados esco-

⁸³ Expedientes de la Cámara de Comercio de la ciudad de Los Ángeles, sobre todo cartas localizadas en la Biblioteca del Ayuntamiento bajo el título “Industrial Surveys of Los Angeles Chamber of Commerce”, Box R330-979. Las cartas fueron escritas por los secretarios y presidentes de la Cámara de Comercio local al cuartel general en Los Ángeles.

⁸⁴ *Los Angeles Times*, 22 de noviembre de 1922.

⁸⁵ *Ibid.*, 2 de enero de 1916.

gieron vivir en comunidades segregadas racialmente, y tal selección pudo haber sufrido ajustes para facilitar los nuevos estilos de vida. En una conferencia sobre el tema de la inmigración, Orfa Jean Shontz, ex árbitro de la corte juvenil de Los Ángeles, habló sobre las “Relaciones de las familias mexicanas en una atmósfera de cambio social”. En su opinión, educar a los niños en Estados Unidos no era más fácil que en México y, en términos generales, descubrió a los mexicanos en California como “los de mejores modales, los más obedientes y menos conflictivos entre todas las nacionalidades”. La vida de la familia mexicana con la presión de un nuevo ambiente urbano e industrial parecía unirlos, debido a que, como lo hizo notar Shontz, “los mexicanos tienen un respeto universal por los niños y los adultos”, y las relaciones familiares entre ellos son “cercanas, cálidas y más sagradas que entre nosotros”.⁸⁶ Sin duda, vivir en el barrio ayudó a los mexicanos a mantener estas relaciones.

El modo como los medios y el público veían a los mexicanos afectó las respuestas de agencias e instituciones hacia este grupo. A la Asociación para el Desarrollo de California (California Development Association), entre otras, le hubiera gustado que la sociedad creyera que los mexicanos que trabajaban en el estado estaban principalmente ligados a la agricultura, por lo que regresarían a México al término de la cosecha. Sus falsas apreciaciones o esfuerzos para confundir a la sociedad derivaron de la atención concedida por el Congreso de Estados Unidos al tema de la restricción de la inmigración de México. El argumento de la Asociación en el sentido de que “los mexicanos que llegan a California han mostrado escasa tendencia a quedarse en colonias permanentes” fue reforzado cuando se aseguró al Congreso que no había mucha necesidad de ubicar a México en la lista de cuotas, como se había hecho con los países de Europa del Este.⁸⁷

Parte de esta falsa percepción de los residentes de Los Ángeles respecto a la población mexicana repercutió en los muchos intentos de los industriales locales de identificar a los mexicanos como fuerza de trabajo eventual. La Cámara de Comercio de Los Ángeles contribuyó a construir el mito de los mexicanos como trabajadores nómadas.

⁸⁶ Orfa Jean Shontz, “The Land of ‘Poco Tiempo’”, *Family 8* (mayo de 1927): 74-75.

⁸⁷ *Ibid.*, 78-79.

Un amplio informe, escrito en 1928 por el doctor George P. Clements, prominente vocero de la Cámara, dirigido al profesor de la Universidad Vanderbilt, Roy Garis, revela los prejuicios de los angelinos, así como sus intentos por confundir a quienes favorecían las cuotas de inmigración. De las tres categorías de trabajadores que existen —permanentes, eventuales y temporales—, ubicó a los mexicanos en las dos últimas, haciendo notar que los trabajadores mexicanos eventuales podían satisfacer la demanda tanto de la agricultura como de los servicios públicos, mientras que “los empleos temporales requieren de un tipo de trabajador que tenga la habilidad y el hábito indispensables para enfrentarse a las condiciones que impone el desierto”. Clements afirmó que la necesidad de trabajos eventuales en la región es “definitivamente no estadounidense, en la medida en que son itinerantes, y la cubren los mexicanos, tanto inmigrantes como ciudadanos estadounidenses de origen mexicano”. La última parte de su documento revela una confusión común: que incluso los estadounidenses por nacimiento cuyo origen era mexicano no tenían derechos en la sociedad estadounidense. A la pregunta formulada por Garis: “En las industrias, ¿hasta qué grado han reemplazado los trabajadores migrantes baratos y sin capacitación (especialmente mexicanos) a los trabajadores estadounidenses?”, Clements respondió: “En la industria en general, el trabajo extranjero —especialmente de mexicanos— está diseñado para atender un segmento pequeño del mercado industrial. Un trabajador estadounidense dispuesto a trabajar recibe la preferencia”. Los mexicanos, concluyó Clements, “vienen fundamentalmente a Estados Unidos para vender su trabajo a cambio de dinero estadounidense que mandarán a México y para ser ciudadanos residentes”.⁸⁸ Como la mayoría de sus contemporáneos, Clements ignoró la realidad de que los mexicanos formaban familias, compraban casas, enviaban a sus hijos a la escuela y se habían convertido en un creciente y estable contingente en la fuerza de trabajo de Los Ángeles.

En un estudio publicado en 1929, Robert N. McLean, líder religioso y autor, cuestionó la caracterización de los mexicanos como individuos nómadas que regresaban a México durante los meses del invierno. En una docena de asentamientos habitacionales desde San

⁸⁸ George P. Clements Papers (Los Angeles Department of Special Collections, UCLA).

Antonio a Los Ángeles, McLean encontró que 1 021 personas estudiaban, 833 habían estado en el país por cinco años o más. Del mismo grupo, 982 subrayaban que pretendían vivir permanentemente en Estados Unidos, quince no estaban seguros y 24 dijeron que deseaban volver a México en algún momento. De este grupo, “ni uno solo afirmó tener el hábito de pasar el invierno en México”.⁸⁹ Un estudio anterior (1918), a cargo de Gladys Patric, reveló que 31 por ciento de 495 mexicanos encuestados en una comunidad del noreste de Los Ángeles había vivido en la ciudad de cinco a nueve años, mientras que 34 por ciento lo había hecho de diez a 19 años. De este grupo, solamente el 8 por ciento había nacido en Estados Unidos.⁹⁰

Una visión respecto de los patrones de asentamiento y migración de los mexicanos surgió a partir de una encuesta realizada a mediados de la década de los veinte, en la que 50.7 por ciento respondió que esperaba regresar a México a vivir. Otro 35 por ciento decidió no contestar la pregunta. Como respuesta a una pregunta relacionada, 29 por ciento expresó su deseo de “permanecer definitivamente en Estados Unidos, mientras que 49.2 por ciento decidió no contestar esta pregunta”.⁹¹

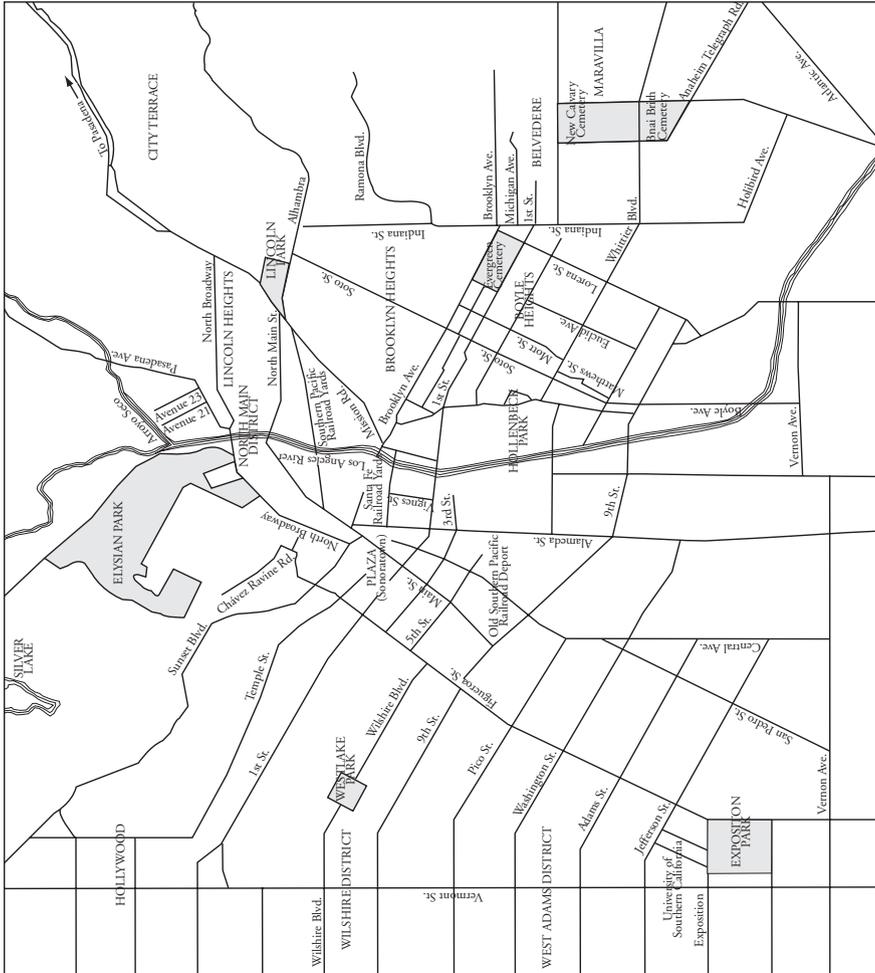
Los Ángeles había abordado el asunto de restringir la inmigración mexicana en un congreso patrocinado por “Amigos de los Mexicanos”, celebrado los días 11 y 12 de noviembre de 1927. El vicescñsul mexicano Joel Quiñones y el profesor Malbone W. Graham del Departamento de Ciencia Política de la UCLA y Emory S. Bogardus, director de la Escuela de Bienestar Social de la Universidad del Sur de California, presentaron ahí discursos clave. Asimismo, los participantes en el congreso expresaron su preocupación por “la tendencia de los trabajadores mexicanos a concentrarse en Los Ángeles, San Bernardino y otros centros” y la imposibilidad de mantener instalaciones apropiadas para la vivienda. De cualquier manera, reconocieron que la incertidumbre de tener empleo regular en las zonas rurales era lo que forzaba a muchos trabajadores inmigrados a ir a las zonas urbanas, y estuvieron de acuerdo en que la población mexicana del suroeste

⁸⁹ Robert N. McLean, “Mexican Workers in the United States”, en *National Conference of Social Work, Proceedings* (Chicago, 1929), 530-531.

⁹⁰ Patric, *A Study of the Housing and Social Conditions...*, 7-9.

⁹¹ Hymer, “A Study of the Social Attitudes...”, 52.

MAPA 2 EL CENTRO Y EL ESTE DE LOS ÁNGELES, 1915-1930



requería básicamente ser más “adecuadamente distribuida”. Un comité especial concluyó que la sociedad requería tener datos más precisos sobre la población mexicana. Al final del congreso, los delegados advirtieron que la opinión pública podría propiciar inmediatamente leyes drásticas en detrimento de la agricultura, la industria y el transporte. Hicieron numerosas recomendaciones sobre el establecimiento de niveles de salarios mínimos y “estándares mínimos de higiene, así como sanitarios en las viviendas y en la vida de los trabajadores mexicanos”.⁹²

Con el cambio de las condiciones económicas, los mexicanos llegaron a ver su propia migración y asentamientos de una nueva manera. En los años previos a la primera guerra mundial, cuando los empleos industriales eran escasos y mal pagados, muchos mexicanos descubrieron que sus familias solamente podían vivir hacinadas en casas inadecuadas. En la década de los veinte, los promotores del desarrollo suburbano encontraron rentable dirigirse al mercado de bajos ingresos y específicamente a los compradores mexicanos. Si bien sólo una proporción de mexicanos mucho más pequeña que la de angloamericanos y europeos era propietaria de su casa, muchos encontraron en los nuevos barrios del lado este al menos una oportunidad parcial de ofrecer una vida mejor a su familia.

⁹² “Report of the Seventh Annual Conference of the Friends of the Mexicans” (Pomona College, noviembre 11 y 12, 1927), George P. Clements Papers, Box 63, 6-7; véase también Alberto Rembao, “What Should Be Done for Juan García?”, *Pomona College Magazine* 17 (enero de 1929): 145-148.